

Derivaciones de una constante

(De héroes sin Historia oficial)

Al observar la trayectoria de Fernando Silva, inmediatamente me vino a la cabeza lo que nos ocurrió a un grupo de amigos al salir de una feria de arte, mientras intentábamos subirnos a un taxi para ir al centro de Madrid. Seríamos unas siete personas y nos distribuimos en dos vehículos que, enseguida, partieron uno detrás del otro. Yo iba en el segundo auto y al responder a la pregunta del conductor para sobre el destino final del viaje, un pintor, muy amigo mío, le respondió:

. “Siga a ese coche”

El taxista, rápido de reflejos, nos dijo a todos:

“Llevo casi treinta años en este oficio y siempre deseé que un cliente me dijera esa frase alguna vez. ¡Hoy ha llegado el día!”

Algo así me ha ocurrido con Fernando Silva. Después de más de treinta años, me encuentro confrontado a un casi idéntico pasado que ha transcurrido desde entonces entre brumas y preguntas sin responder por muy diversas razones.

Estos días, al ver el cuerpo de obra de Fernando e intentar pensarlo, me he asomado a un espejo en el que me he reflejado con toda crudeza y, además, atisbado huellas que nos explican no sólo a nosotros dos sino a todo un colectivo de vivientes de tales momentos.

Podría decir:

“Hoy ha llegado el día”

Silva y yo somos de la misma generación con un año de diferencia. Aunque vivimos en lugares muy diferentes sin conocernos, el **contexto** general y muchas **coyunturas** históricas de nuestra trayectoria vital, han sido las mismas e incluso, según hablamos alguna vez, hemos estado varias veces a punto de coincidir y rozarnos a causa de conocidos comunes en el entorno de la Galería Tolmo de Toledo a finales de los años setenta pero especialmente con la Galería Fúcares de Almagro y su círculo con Norberto Dotor en el centro, transcendental para conocer el arte de cinco décadas en España.

En aquellos momentos, el ámbito del arte contemporáneo estaba a punto de cambiar el ciclo y, por tanto, el ir y venir de ensayos y tanteos era constante, lo que producía una sensación de fragmentación mental expansiva en todos los artistas conscientes de una determinada problemática social, política y cultural de la que no se sabía qué derroteros iba a tomar. Fue aquella una época fronteriza entre dos eras de la que Fernando Silva y yo fuimos testigos, que aún no ha sido lo suficientemente analizada desde el plano artístico con cierta perspectiva, a pesar

de que ya comenzaban a aflorar tímidamente los primeros indicios, precursores de lo que más tarde se transformaron en los primeros años ochenta. Todo ello, básicamente, por tres razones:

La primera, por la urgencia del fin del franquismo y el inicio de la transición política y económica que sepultaron cualquier otra consideración; la cultural, por descontado. Un país como el nuestro aún no contemplaba la necesidad de levantar estructuras culturales estables. En el plano social, se iba instalando, muy poco a poco, cierta atmósfera de liberación que afectaba a las costumbres e iba presionando para desarrollarlas. Comenzamos a imaginar una balanza que pretendía sostenerse frágilmente entre lo terrible y lo festivo.

La segunda, en lo artístico, serían los antecedentes surgidos entre los años sesenta y setenta del pasado siglo que marcaron indeleblemente distancias con las prácticas artísticas anteriores a esos años, muy anquilosadas. La conjunción de necesidades no sólo de algunos artistas a través del contacto con el exterior, tendencias e influencias, sino también del propio régimen dictatorial que necesitaba legitimarse internacional y estratégicamente en una "presunta modernidad", dieron como resultado la eclosión de grupos de vanguardia como "El Paso", "Dau al Set" y, en lo que me toca, la "Escuela Vasca", entre otros, que se manejaban, sobre todo, entre informalismos, expresionismos y el arte concreto. Todo muy abstracto y muy conveniente políticamente, aunque entonces no lo sabíamos, especialmente los jóvenes; rabiosos por desembarazarnos de toda convención.

La tercera razón, la actitud artística, fue el resultado de las dos anteriores y por las condiciones particulares del país y su arte en esos momentos, que la convierten en muy diferente del contexto artístico occidental, aunque sus resultados formales, en los años ochenta, se mostraran curiosamente similares; puede que todas las cenizas se parezcan.

Por un lado, en Occidente, son tiempos de Ronald Reagan, Margareth Thatcher y Juan Pablo II, que significaron la ruptura y eclosión del actual modelo neoliberal y neoespiritual que dieron al traste con ciertas visiones de acercamiento a las, siempre rastreadas, utopías.

En el arte, se acabaron los experimentos radicales del arte conceptual y del lenguaje y, algo más tarde, se empezó a virar de nuevo hacia el objeto y la pintura. Se desarrollaron a partir de aquí, avalados por la Nueva Filosofía, un abanico de nociones como los "Neos" y los "Post"

Por otro, en ese ínterin, en España, donde ya teníamos suficiente con "lo nuestro" en esa época desde mediados de los setenta y antes de la "modernidad"

de los ochenta, la perplejidad no nos dejaba ver el horizonte, nos debatíamos desde el arte, entre las distintas formas y los inescrutables fondos dispersos, como si fueran excluyentes, instituidos, generalmente, por una crítica formalista, retórica y lírica; con pocos ápices de razón discursiva.

Casi todos los afectados por la pulsión del arte contemporáneo, artistas, académicos, críticos y aficionados nos sentíamos huérfanos en un lodazal de acontecimientos que se suceden a toda velocidad mientras se depositaban en un solar de añicos, de restos sin orden ni concierto, con el que hubo que convivir entretanto se disipaba el polvo.

Pero no todo fue baldío. Enseguida, tras el diezmo que redujo a mínimos las huestes de los artistas comprometidos con su tiempo y cuando las Escuelas Superiores de Bellas Artes transformadas en Facultades de Bellas Artes comenzaron a escupir nuevas generaciones más informadas de los contextos que se avecinaban, se inició el cambio.

A pesar de todo, fueron instantes fundamentales para el arte en este país que, tan solo en media década, consiguieron ser capaces de alimentar los rescoldos que chisporroteaban por doquier para intentar iluminar el paisaje agrietado y sin referencias claras. Fueron también, los tiempos de personas como Fernando, yo mismo y mucha más gente de poco más de veinte años que se pusieron manos a la obra y decidieron que, para empezar, no se iban a deshacer de todos los escombros repartidos por los suelos del sistema del arte, sino que los iban a ordenar en cajas para ver qué pasaba, para observarlos, estudiarlos y pensarlos sistemáticamente. Casi como si fuera un proceso arqueológico que, de alguna manera, además está conectado con los sumarios posmodernos relacionados con el eclecticismo y también en lo simbólico, en lo que tienen de Arca(s) de Noé o de Caja(s) de Pandora con todas sus posibilidades discursivas.

Si lo pensamos bien, en una parte sustancial del arte y sus prácticas, se mostraron como los momentos de las cajas, de los contenedores, de las bateas de filtrado, de las catas de materiales, de dispositivos y artefactos de ordenación y pensados todos como alfabetos, como índices, como intentos de establecer códigos a los que asirse para iniciarse en los nuevos lenguajes y a aprender a hablar, a decir como mínimo, "mi mamá me ama" tras haber perdido el habla.

Todo fue presentado como obra de arte, aunque sin el aval del Sistema del Arte en el que ya se daban los primeros pasos de institucionalización, obviando aquel período heroico con el olvido y el desconocimiento, tal como si hubiera pasado por allí Harvey Keitel en su personaje de Señor Lobo de la película "Pulp Fiction", haciendo de Limpiador de Trauma en el escenario de un crimen.

Fernando Silva conoce muy bien esa impronta indeleble que ha marcado toda su trayectoria como una constante inevitable que le ha llevado a titular acertadamente "Derivaciones" esta muestra en la Galería Fúcares de Almagro, que, con cincuenta años de vida, todo un récord, siempre ha estado y está en el filo de la navaja contra viento y marea.

En esta exposición Fernando Silva deriva desde el mismo tronco del que partió, aportando nuevas certezas a la complejidad de los lenguajes a los que ya me he referido como palmaria necesidad de expresión. El color, iluminación añadida, abre nuevas combinaciones sígnicas y diversidad de posibilidades que enriquecen sus frases, sin duda.

Nadie nos va a salvar del olvido, pero al menos, en vida, que resuene nuestra aportación coherente.

Daniel Castillejo

marzo de 2024